

## Econocuento<sup>1</sup>

María  
Andrea Isabel González<sup>2</sup>

En la mañana se observó en el espejo, estática. Unas marcas moradas manchaban la parte inferior de sus ojos, pero había un silencio que reinaba en el cuarto. María solo gozó de unos segundos de ese majestuoso momento para escuchar sus propios pensamientos, cuando un llanto cortó con la monotonía del ambiente.

Su hijo Manuel aullaba desde su cuna, con un llanto desesperado que lo dejó casi morado. ¿Es hambre? ¿Es sueño? ¿Acaso le pica la manta? Se cuestionó María, ¿Es un pañal sucio? o solo la desesperación de sentir la calidez de su madre. Manuel llevaba solo cuatro meses en esta recóndita tierra y tuvo la labor de dejar dormir a María solamente tres horas a lo largo de la noche.

Ya con Manuel entre sus brazos, María logró descolgar la ropa del tendedero, mientras le susurraba una canción de cuna al oído. Se dirigió a la cocina, donde un pan dulce se endurecía lentamente sobre la mesa. Sirvió un vaso de leche mientras calentaba el agua para preparar el biberón. Abrió la alacena y se dio cuenta que la lata de fórmula no ofrecía más que desilusión, tan vacío que solo unas pocas migajas se escondían en la esquina del recipiente de metal. – Me toca pedirle un adelanto a la señora el día de hoy – se dijo a sí misma en un suspiro.

Tomó una manzana del frutero, pero no logró terminar de picarla sin que Manuel volviera a explotar en llanto, ahora un llanto rítmico que ya detectaba como hambre.

– Ana ya despiértate y ven a desayunar- gritó desde la cocina, mientras intentaba achicar el hambre del pequeño con balanceos abstractos alrededor de la mesa de la cocina. Ana salió del cuarto, con los ojos hinchados y el cabello como el nido de pájaros que se encontraba afuera, sobre el marco de la ventana de la cocina. – No quiero ir a la escuela- reclamó la pequeña mientras se tallaba los ojos.



-No andes con esos cuentos muchachita, que ya recibí quejas de tu maestro de Matemáticas que te andas durmiendo en clase-. La regañó mientras que el agua

---

<sup>1</sup> Econocuento es un certamen literario creado por el Dr. Alejandro Flores Becerril en 2011, donde se promueve la participación de alumnos de economía en la escritura de cuentos que basen su historia en conceptos y teoría del campo de la ciencia económica. María, escrito por Ana Isabel González e ilustrado Natalia Meza alumnas de economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey obtuvo el primer lugar en el concurso de 2024.

burbujeaba de manera frenética sobre la estufa.

– Es que Manuel llora y llora y llora toda la noche, no deja ni descansar a los muertos- Le contestó Ana mientras agarraba la concha de chocolate que ya se asemejaba más a una tostada que a un pan. – Pues que quieres que haga, si Manuelito no sabe ni hablar. - le respondió María a sus reclamos.- Aparte ya sabes que hoy te toca ayudarme a poner a hervir los frijoles, y barrer la casa cuando regreses de la escuela. Hoy tengo que ir a hacer limpieza profunda a la casa de la señora Amelia y voy andar allá todo el día. Y no me quiero ni enterar que te vas de argüendera a patear pelotas en la calle.

A ese punto el agua ya desbordaba de la tasa, hirviendo sobre la estufa. Desesperada María le gritaba a su hija- ¡Ya muchachita, vete a cambiar!, no estés ahí nomás tirando baba- mientras intentaba apagar la flama, consolar a Manuelito y prepararle a Ana su merienda para la escuela. Ya con el uniforme puesto le dio a su hija la bendición y ocho pesos para el pase del camión.



Rápidamente se alistó como pudo y preparó una pañalera para Manuel. Ese día la madre de María tenía cita en el IMSS. Un compromiso que podía durar entre dos y quince horas, por lo que no podría quedarse a cuidar al bebé, como siempre lo hacía, mientras ella iba a limpiar la casa de la señora Amelia. Así que, cargando con el bebe en un brazo y la pañalera en el otro fue a probar su suerte en la puerta de su vecina.

Después de unos minutos de tocar la puerta de manera tímida, Chabela, una mujer acuerpada que ya había pasado por seis criaturas, le abrió con una sonrisa y un cigarro en la mano.

-Manita, ¿Cómo andas? ¿Qué te trae tan temprano a andar molestando acá? - le preguntó con tono confianzudo.

- Ay manita pues fijate que mi mamá tuvo que ir hoy al IMSS porque anda bien mala del azúcar y tu sabes cómo es eso de que lo dejan a uno esperando allá hasta que se aburren. Y pues me toca ir hoy a limpiar la casa de la señora Amelia y ni con quién dejar a la criatura. Si ya sabes ni guarderías hay por aquí; y pues tu eres mi única persona de confianza. Échame la mano no seas mala. - Le comentó María con un poco de vergüenza en su tono.

-Ay manita, tu sabes que yo siempre ando aquí ayudando, pero me agarraste en un mal momento. Hoy de plano si no puedo hacerte el favor. -Le respondió Chabela intentando cerrar la puerta disimuladamente a su vecina.

-Hazme el favor nomás esta vez. – intentó convencerla María, ya con un tono más desesperado. - Ándale, de por sí ya te he contado que la señora odia a los chamacos y que le voy yo a andar

trayendo al bebé a que llore y llore y no me deje trabajar.

-No manita, perdón, pero hoy te voy a tener que decir que no. Tengo que ir al mercado, ayudar a Carmelita con lo de los tamales...no no no. Tu sabes que yo encantada otro día, pero también tu avisándome a última hora. - le respondió Chabela apagando su cigarro en el suelo y emparejando cada vez más la puerta para dar por finalizada la conversación.

María resignada se dirigió a la parada del pesero, con su hijo en brazos y las ideas atormentándola. ¿Cómo le iba a decir a la señora Amelia que tenía que llevar a Manuelito el día de hoy al trabajo? El frío de la mañana puso su piel de gallina e intentó hacer lo posible para tapar a su hijo de la brisa gélida, aun así el bebé dormitaba, en un estado plácido. Mientras aguardaba, ya en la parada, sentía en sus oídos el retumbar de los cánticos matutinos, cláxones a plena hora pico y le rogaba a dios que Manuelito permaneciera así, casi estático.



El trayecto como todas las mañanas le resultó exhaustivo. Dos combis a la estación de autobuses, de ahí un camión de cincuenta minutos, para al final pedir

un taxi que la iba a llevar hasta la entrada de la residencia. A lo largo del trayecto, Manuelito, como todo infante asustado por las agitaciones bruscas y los frenados despreocupados del chofer, comenzó a romper en llanto. Un llanto que recibió miradas de queja y crítica por parte del resto de los pasajeros, -pues es un bebé, no sabe lo que hace- se dijo a sí misma María intentando ignorar los susurros juzgones.

Ya en la entrada de la casa de la señora Amelia, se tomó un segundo para admirar la puerta. Una puerta tres veces su tamaño, hecha de madera caoba, que mínimo pesaba 400 kilos. Se permitió por un segundo soñar despierta. Imaginándose una vida en esa casa, teniendo como mayor preocupación planear el menú para la cena familiar del fin de semana. Duró así tan solo unos segundos hasta que la señora Amelia abrió la puerta, y la imagen se desvaneció como la niebla de esa misma mañana.

Ya era hora de que te presentaras- fue el saludo que recibió María por parte de la señora Amelia. - Ya sabes que ando vuelta loca con la preparación de la cena, y más que viene mi suegra, esa señora siempre se la pasa criticando. Por eso necesito que te pongas a pulir...- se interrumpió la señora Amelia bruscamente al contemplar a la criatura que cargaba en sus brazos María.

¿Qué es eso? - La cuestionó mientras en su rostro se proyectaba una cara de desagrado. -Es que señora fijese que mi mamá tuvo que irse al IMSS y es la que lo cuida, y hoy mi vecina iba al mercado, pero pues pensé que así podía llegar y le juro que es bien tranquilito y .... - La señora Amelia la interrumpió en su desesperado intento por negociar.

- Ay Mari, me da un chorro de pena, te lo juro, pero sabes que en esta casa niños no. Lloran, se quejan y por eso Ricardo y yo decidimos no tener bebés, porque literal no puedo con eso. – Pero señora ya vine hasta acá a ayudarla y ahorita si fijese que ando un poco corta y necesito comprarle la fórmula a mi Manuelito y.. –la señora Amelia la volvió a interrumpir - A ver Mari la verdad cero es mi intención correrte, pero necesito que cuando vengas a trabajar, estés al cien concentrada en lo que te toca hacer y así no se puede. Entonces regresa a tu casa y ya mañana, que ahora sí vengas con toda la disposición al trabajo, yo encantada de ayudarte con lo justo, pero así no se puede Mari tu sabes.

María sabía que con la señora Amelia no se podía discutir y menos confrontarla. Existía el riesgo de que perdiera su trabajo y ahora sí, no habría manera de poder comprarle fórmula a su bebé. Derrotada por el cansancio de la noche anterior y el no haber podido recibir el ingreso, que hacía una inmensa diferencia en lo que podían comer o no esa semana, tomó la misma ruta de regreso a su casa.



Sentada ya en el camión, se recargó en la ventana, mientras alimentaba a Manuelito con las últimas onzas del biberón, se observó a sí misma en el reflejo y una mujer con la mirada desesperanzada le regresó la mirada. Al llegar a casa María encontró a Ana tirada en el piso, dormida. Los frijoles estaban en la olla, pero a una flama tan baja que iban a resultar incomibles ese día. También observó que el piso se encontraba ya barrido, como le había pedido, pero aun así algunas pelusas y cabellos se ocultaban debajo de la mesa. Con cuidado dejó a Manuel sobre la cuna y recogió a su hija para llevarla a su habitación. Al recostarla y acercarse a darle un beso en la frente notó unas manchas oscuras bajo sus ojos, y no pudo más que soltar una lágrima. -Pobre criatura - pensó, -le espera el mismo trágico destino que tiene ahora su madre.

<sup>2</sup> Ana Isabel González autora e ilustrado por Natalia Meza alumnas de economía del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey